

UMBRAL

La joven lectora de Kepler. El gato mediador entre lo visible y lo invisible. El animal de poder que la conecta con las estrellas, con su fondo animal. Ella está dentro de su gato. Por eso le ofrece-se ofrece una mirla sacrificial.

La joven astróloga se pregunta por qué lee a Kepler.

Ella también sueña la perfección del círculo. Como Kepler. Como Platón. Como Pitágoras.

A diferencia de ellos sabe que es la hora del ocaso del círculo. El círculo es Dios. El círculo es la perfección de la geometría. Dios es la geometría. Dios es los cinco sólidos platónicos encajados como matrioska. Kepler era un geómetra, es decir un teólogo.

La joven astróloga es una desterrada del círculo, una prófuga. *Leo a Kepler porque busco mi árbol celeste.* Pero no hay árbol celeste.

Como una sacerdotisa corroída por la duda del dios ante el cual oficia traza en vano sextiles, cuadrantes, astros de fuego, brasas lunares que ascienden al abismo. Conjura cubos, dodecaedros, icosaedros. Mas no cabe en ninguno de ellos, siempre queda fuera la mano que traza, la mano que pregunta. la mano que escribe el poema, la mano que lee a Kepler.

*

Siglos atrás –desoyendo a Tycho Brahe– Keplerus traza, al fin, la satánica elipse: él es sacerdote de Dios, pero trabaja para el Diablo. Aunque en realidad él es Job: el campo de batalla entre ambos. En realidad, Nietzsche poco tiene que ver con *la muerte de Dios*, más

bien es el chivo expiatorio. Kepler es el destructor de mundos. Brahmastra. La elipse fue el arma secreta. Las puntadas iniciales de la ciencia moderna. Él pone el ovoide. Y así queda demostrado que primero es el huevo que la gallina –dice la joven astróloga. La gallina es segunda por eso cacarea: he aquí la modernidad. La risa satánica de la gallina estelar.

**

¿Por qué lee a Kepler? se pregunta el lector de la lectora de Khepler

Hay una secreta razón estética que funda las teorías. Se habla de elegancia, es decir: simetrías y economía. Un ejemplo de ella es la fórmula $E = mc^2$ o la formulación por Maxwell del electromagnetismo. La noción de elegancia, por supuesto, es cambiante, histórica. Estas teorías surgen en el siglo XX, ya bien adentrado el mundo moderno. Subsiste la belleza. No obstante, hay en ella algo que incomoda nuestra necesidad de certidumbre. Sin duda, se trata de una *belleza otra* que, paradójicamente, hoy nos resulta familiar. No siempre fue así: otro tipo de Belleza fascinó a la humanidad. El resplandor clásico de la perfección. El culto a la inmovilidad hechiza el espíritu. Un cosmos escultórico. El orden, las nítidas fronteras y contornos resultan tranquilizantes. Todo tiene su lugar y su límite. La tierra en el centro del mundo el sol orbitando en torno a ella y el cielo de las estrellas fijas. Las ovejas pastaban en el campo y la tranca estaba detrás de la puerta. En el paraíso de las mirlas no se asomaban los gatos. El perfectísimo resplandor del Círculo lo purificaba todo. Solemos asociar *lo infinito* y *lo siniestro* a los románticos y Kant a la moderna estética de *lo sublime*. Sin embargo, en el principio no fue el verbo sino

Kepler. Es decir: el descentramiento del círculo, su metamorfosis en monstruoso animal de dos cabezas.

La razón estético-mística que guiaba a Kepler aseguraba que nada había más estético y afín a la gloria que Dios que el sol –su símbolo– en el centro mismo de la Creación y los planetas girando en torno suyo. Mas el resultado fue otro: el eclipse de la divinidad.

Todo es contradictorio en Kepler. De hecho, es un bicho raro. Él mismo es una elipse: un animal de dos cabezas. De hecho, su ambiguo comportamiento anticipa y metaforiza la esquizofrenia de Occidente escindido entre Romanticismo e Ilustración.

Sin el fulgor bizarro de la elipse resultaría inconcebible el pavoroso *silencio de los espacios infinitos* de Pascal, conjetura sonámbulo Arthur Koetsler.

Acaso hubiera preferido descubrir el bosón de Higgs. Si bien el resultado hubiera sido el mismo.

Fascinación de esa Belleza *otra*. Sin embargo, las goteras en el techo, las grietas en las paredes. La joven astróloga ausculta la catastrófica genealogía de Keplerus, los bordes demenciales de su zodíaco, las plagas desatadas sobre su cuerpo. Las muertes prematuras que lo asedian.

El gusano en el dedo medio de la mano derecha / bebe de la llaga en la mano izquierda.

Hay algo en este matemático y astrónomo que lo hermana a la estirpe del poeta como maldito de dios.

La joven astróloga realiza sus mediciones ardua y distante. Como la mano que la escribe su estilo es de elaborada alquimia y alta precisión. Maneja a sus clientes con displicencia. Incluso con perversidad. Secretamente los aborrece. Igual su relación con el mundo. Sabe que está desposeída de la fe, del furor metafísico de Kheppler. A duras penas puede regurgitar el nombre de su padre o fritar un huevo sin temblor –dice. Alguna vez escapó del cerco familiar. Su plan de evacuación naufragó en medio de una urbe que se pudre –dice. Ninguna muerte es peor que un nacimiento –dice. No puede crear mundos –dice. Solo le alcanza la fatiga para girar la cabeza a la mirla recibida –y devuelta– como ofrenda, mientras imagina el giro de los astros. Se integra así al ciclo de la crueldad, del no sentido, de *lo que es*.

Lo que es en el gato es inocencia, en ella abominación.

pongo el cadáver en el piso. / Veo de qué manera el gato se entretiene, de nuevo, / con la muerte. / No pienso intervenir. / Ninguno de nosotros tres / podrá escapar / de este juego maravilloso

A su modo –soterrado, irónico, muy siglo XXI- también exige explicaciones como Job.

La joven astróloga solo alcanza a ver en el cielo tumbas de estrellas

La mano que la escribe. El gozo ambiguo de su creación. Como Keppler crea mundos.
O los destruye.

La mano que lee habita mundos creados por otros. También escribe. Cartas astrales,
horóscopos, genealogías herméticas. Escritura en tercer grado. Mundos fantasmas
que orbitan en derredor del hueco dejado por Dios.

La primera cabeza escupe. La segunda cabeza santifica el escupitajo. Apoteosis de la
elipse.

Imaginar la esquizofrenia del Uroboros devenida retorno lúdico del Círculo. Íntima
conversación, juego de los contrarios. Esa rebelión. Pura.

RÓMULO BUSTOS AGUIRRE